

Variaciones

El árbol

Estaba sentado en la pampa amarillenta mirando el gran árbol, era casi el único, el más grande que había en la pampa bordeada de pequeñas lomas cubiertas de arbustos espinosos. Tenía un oscuro tronco que se abría en gajos coronados de diminutas hojas ralas brillando al sol. Las ramas se movían al viento, mientras yo pensaba que ni el más poderoso huracán podría hacer temblar a esos brazos que se abrían desafiantes. Sin embargo, de pronto, el tronco pareció temblar como un animal adolorido.

Al paso de los minutos pude constatar que el tronco se retorcía como si tratara de despojarse de su propio corazón. Las puntas de los gajos se sacudían enloquecidas, las musculosas fibras del tronco se retorcieron hasta florecer en una larga herida y el árbol cayó al suelo sin vida.

Al acercarme, vi que el inmenso cadáver no tenía ya corazón, en su lugar había un nido de grises gusanos, muertos también en esa última batalla.

La piedra

Vivo en un lugar de objetos enterrados. El otro día, al salir de mi huerta al callejón, vi entre los arbustos una piedra blanca y alargada, semicubierta entre la malahoa.

Me hice campo con el machete y cavé con la picota. Lo que sobresalía era el liso lomo de un perro, no me costó mucho palanquear hasta tener ante mí al animal recostado sobre sus patas y con las orejas caídas en actitud de descanso y mansedumbre.

Primero sentí el peso de la piedra entre mis brazos, luego la ligereza y el calor. La primera reacción del perro al despertar fue un gruñido ronco de sorpresa, luego se tornó dulce, dejándose llevar como si yo lo hubiera criado desde cachorro.

Desde entonces cuida mi casa y me acompaña a la huerta. Pero no es como los demás perros. Al contacto con mi piel, vive; si lo dejo en el suelo y lo abandono, a los pocos minutos es otra vez un animal de piedra.

Un encuentro

Cuando nos encontramos, pareció no reconocerme, con el dedo índice la toqué del hombro y le dije: ¡Hola! ¿Adónde vas? Me respondió extendiendo el brazo y muy pegaditos, nos confundimos con las demás sombras de la plaza. De vez en cuando se distinguían algunos borrachos haciendo zetas.

En una esquina un auto nos cegó con sus luces, ella se apretó a mí, quise aprovechar para besarla y asustada escondió su cara en mi pecho. El auto estaba lejos y ya no quise besarla. ¿Dónde es tu casa?, le dije. Vamos, me dijo con un movimiento triste de su cabeza.

El corredor era oscuro, oía a pescado, a carne chamuscada, a goma quemada, en fin. Quise tomarla de la mano pero ella no estaba, sólo el viento oloroso y húmedo. Crucé un patio tambaleante, bajé unas gradas hasta chocar con unas rejas frías. Casi me aplastas, escuché a mi lado. ¡Ah, eres tú!, dije, casi me asustas. Entré de una vez, me dijo la voz. Se abrió la pequeña reja, ella recién parecía ansiosa por acariciarme. Vamos, dijo haciéndome cosquillas en la palma de mi mano.

Tuvimos que caminar agachados, casi gateando, hasta llegar a su tumba.

El mar

Llegué a la ciudad entrada la noche. Yo era el único habitante de las calles, alguna que otra ventana permanecía encendida acentuando el abandono de la ciudad. Recordé los soles de mi infancia, ansiaba el mar que nunca había visto, las olas, la espuma, el verde de los remolinos.

Las luces desaparecieron quedando su último reflejo en los adoquines. Comenzó a salir el agua de los desagües. Cuando cruzaba una calle empinada se interpuso un camión cuyas luces volvieron sangre

al agua, resbalé, me levanté moviendo apenas las extremidades, tenía ganas de dejarme llevar por el río de la calle.

El agua aumentaba, fui bajando por las inútiles veredas, crucé otros ríos, el agua brotaba de todas partes, corría y se estancaba, la ciudad era un lago, un animal disfrazado de agua.

Seguí caminando, el agua se adueñaba de las puertas y las ventanas. Por el horizonte venía el amanecer, pero abajo era más fuerte la noche. El agua llegaba ya a mi cintura, a lo lejos apenas veía los techos como barcos; nadie hasta el cansancio, en torno sólo se veían las puntas de los cerros y las lomas como brazos que se acercaban. El mar me rodeaba al fin, no aguanté las ganas de sumergirme.

Regreso

Cansado de caminos y ciudades, quería encontrar un lugar para vivir entre mis semejantes. Quería un mundo sin hombres ni amenazas, una tierra propia. Llegué a una planicie amarilla y reseca en la que sólo habitaban las pulgas. Seguramente aquí vivía una gran colonia de perros, ahora estarían diseminados por el horizonte buscando comida.

Deambulé en distintas direcciones y de pronto, vi, no muy lejos, paredes derruidas, aplastados restos de construcciones. Me acerqué, las pulgas aumentaban, formando pequeñas manchas brillantes al atardecer.

Llegué a una pared baja y levanté las patas delanteras. Salté al otro lado y me encontré con viviendas vacías y puertas cabales para mi cuerpo.

Metí la cabeza por una de las puertas, introduje el cuerpo y moví la cola de asombro y alegría.

Ciudades

Volvía a la ciudad después de un paseo por los cerros aledaños. Llegué a una calle ancha que desconocía; cunetas empedradas, paredes y abismos, al fondo niebla. (Estoy hablando de una ciudad de las alturas andinas). Las puertas abiertas no parecían el ingreso a una casa sino a la noche que se acercaba; en una de esas puertas entrevi un rostro arrugado.

- Digame, ¿por dónde puedo bajar al centro?
Una mano en los cabellos, sorpresa.
- ¿Al centro de qué?
- Al centro, señor - dije levantando la voz - ¿estamos en la ciudad de La Paz, no?

- ¡Ah! -ahora sí las dos manos, el comienzo de los brazos y un poncho de oscuros colores -. Usted quiere ir a La Paz.

La sonrisa se perdió en la oscuridad. Pasos. Ruidos suaves de objetos movidos por las manos y otra vez la voz:

- Espere un rato, le voy a acompañar - y salió el viejo que, además del poncho, se había puesto un sombrero negro - ¿Qué tal si vamos subiendo?

- ¿Subiendo? Yo quiero bajar.
- Claro - sonrió el viejo -. Pero primero tenemos que sortear algunos abismos.

Y me explicó que esa ciudad no era una sino muchas, y además un valle y un río, una chacra de papas, una mina de oro, un camino, un templo.

Caminamos desenredando gradas y callejones, paredes de roca, paredes de adobe como sueños olvidados. Mi guía se detuvo al lado de un árbol chato a la orilla del abismo, tenía el tronco cubierto de cáscaras como los que vi en las quebradas de los cerros. Abajo se veía una plaza y muchos autos.

- ¿A esta ciudad quería llegar? - escuché a mis espaldas.
- Si - dije - , aquí es La Paz, gracias - y me volví para agradecerle.
A mi lado sólo estaba el pequeño arbolito, de cuyo tronco me agarré como si temiera hundirme en lo desconocido.

MANUEL VARGAS.- La Paz